

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Hacia 1890 dirigía Rubén Darío en Guatemala el diario *El Correo de la Tarde*. En su autobiografía, refiriéndose a este periódico dice Rubén: “Tenía varios colaboradores literarios, entre los cuales, un jovencito de ojos brillantes y cara sensual, dorada por el sol del trópico, que hizo entonces sus primeras armas. Se llamaba Enrique Gómez Carrillo.” Fué entonces cuando Rubén Darío le señaló el camino de París. Y desde Guatemala, donde había nacido en 1873, fué a Paris, para entregarse a la ciudad amada hasta su muerte, ya que a ella volvía siempre después de sus andanzas cosmopolitas.

Fué Gómez Carrillo una de las grandes figuras del modernismo en Hispanoamérica, último rezagado en el desfile hacia el Misterio que iniciara Rubén Darío en 1916. En él podría estudiarse mejor que en ningún otro, ese proceso de saturación parisina que hace de la prosa hispanoamericana de esta época algo inconfundible, algo que puede resumirse en tres palabras: flexibilidad, gracia, sutileza.

En el difícil género de la crónica literaria mereció bien el título de príncipe que le ha otorgado la crítica. Desde la prensa de Madrid, desde *La Nación* de Buenos Aires, estas crónicas esparcieron su hechizo por todos los pueblos de lengua española. De este aspecto de su obra, lo mejor ha quedado en sus libros de viajes, tan encantadores como los de Loti: *De Marsella a Tokio* (1906), *El alma japonesa* (1906), *La Grecia eterna* (1908), *El Japón heroico y galante* (1912), *Jerusalén y Tierra Santa* (1912) y *La sonrisa de la esfinge* (1913). Después de *Crónicas de la guerra* (1915) y *En las trincheras* (1917), escribió la crónica de su vida: *Cuarenta años de mi vida* (1918).

Entre estos libros alcanzó mayor resonancia *Jerusalén*, traducido al francés por M. Glorget con el título *Pèlerinage passioné*. La crítica francesa lo elogió con entusiasmo y escribieron artículos acerca de él Jules Huret, Víctor Margueritte, Henri Collet, Jules Bois, Raoul Aubry y Gustave Lanson.

El temperamento sensual de Gómez Carrillo da a sus páginas con frecuencia un hálito perverso: en sus libros de viajes casi nunca falta un capítulo describiendo cortesanas exóticas. Pero como Verlaine, tiene sus horas de arrepentimiento como aquéllas en que escribe *Flores de penitencia* (1912).

Sus libros de crítica son impresionistas como sus crónicas: *Literatura extranjera* (1895), *Las mujeres de Zola* (1904) y *El modernismo* (1905).

Su obra *La nueva literatura francesa*, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1927, es su última ofrenda a la cultura que más amó. Los poetas franceses de la nueva generación "que escriben poesía que ha dejado de ser poética," Paul Morand y el nuevo arte de escribir; el teatro nuevo, el arte de escribir para el cinematógrafo; la prensa actual de París; tales son los tópicos que impresionan su ardiente curiosidad. Quizás lo más feliz del libro sean las páginas que dedica a las nuevas tendencias de la novela. Comentando las novelas filosóficas de Julien Benda llega a la conclusión de que el público preferirá siempre la novela "noveltesca."

Así, pensando en cosas de Francia, nos ha dejado este caballero del ensueño a quien el gobierno francés hizo un día caballero de la Legión de Honor.

CONCHA MELÉNDEZ